p7

Cuadernos Internacionales
Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 17

LOS BANCOS y su Nuevo Papel

POR

LENIN

Revisión de la actitud general del anarquismo
por
RUDOLF ROCKER

618038

Santiago: 60 Centavos

Provincias: 80 Centavos

Próximo Número:

CUADERNO N.º 18

El Sindicalismo Revolucionario

por Edouard Berth

El renacimiento del sindicalismo está en augo. Un gran movimiento sindical se prepara donde van a agruparse militantes nuevos que han hecho su experiencias en todos los grupos socialistas o comunistas.

No es de admirarse entonces que los sorelianos sean los primeros en señalar este despertar del sindicalismo obrero. Es el caso de Edouard Berth, uno de los primeros discípulos de George Sorel, que ha dado a la revolución proletaria un estudio que nos ha parecido de tal manera importante, que hemos pedido a su autor que nos permita reproducirlo íntegro.

Es un documento que ayudará al lector a comprender los movimientos que se producen actualmente en el mundo.

LOS BANCOS Y SU NUEVO PAPEL

Por LENIN.

La operación fundamental y primordial de los bancos consiste en servir de intermediarios para los pagos. Como consecuencia de ella, los bancos convierten al capital inactivo en capital activo, esto es, que produce beneficio, reúnen toda clase de ingresos metálicos y los ponen a disposición de la clase de los capitalistas.

A medida que van desarrollándose los bancos y que va acentuándose su concentración en un número reducido de establecimientos, de simples intermediarios que eran antes se convierten en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como la mayor parte de medios de producción y de las fuentes de materias primas en un país y en una serie de otros. Esta transformación de los numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas, constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista, y por esto debemos preferentemente detenernos en esta cuestión de la concentración de los bancos.

En 1907-1908 los depósitos de todos los bancos anónimos de Alemania que poseían un capital de más de un millón de marcos, eran de 7.000 millones de marcos; en 1912-1913, de 9.800 millones; ¡un aumento de un 40% en cinco años! Además, de esos 2.800 millones, 2.750 millones corresponden a 57 bancos con un capital de más de 10 millones de marcos. La distribución de los depósitos entre bancos grandes y pequeños era la siguiente:

Tanto por ciento de todos los depósitos

Años	En los grandes bancos berlineses, en número de 9	En los 48 bancos restantes, con un capital de más de 10 millones	En los 115 bancos, con un capital de 1 a 10 millones	En los pequeños bancos (menos de 1 millón)
1907/08	47 %	32,5 %	16,5 %	4 %
1912/13	49 %	36 %	12 %	5 %

Los pequeños bancos van siendo eliminados por los grandes, de los cuales 9 concentran casi la mitad de todos los depósitos. Pero aquí no se toma todavía mucho en cuenta, por ejemplo, la transformación de una serie de pequeños bancos en agencias efectivas de los grandes, etc., de lo cual trataremos más adelante.

A fines de 1913, Schulze-Gaevernitz fijaba los depósitos de los 9 grandes bancos berlineses en 5.100 millones de marcos sobre un total de cerca de 10.000 millones. Tomando en consideración no sólo los depósitos, sino todo el capital bancario, ese mismo autor escribía:

"A fines de 1909, los 9 grandes bancos berlineses, **junto con los bancos que dependen de ellos,** administraban 11.276 millones de marcos, esto es, cerca del 83% de la suma total del capital bancario alemán. El "Banco Alemán" (Deutsche Bank), que administra, **junto con los bancos que dependen de él,** una suma de cerca de 3.000 millones de marcos, representa, con la administración prusiana de las líneas férreas, la acumulación de capital más considerable, con la particularidad de estar extremadamente descentralizado del viejo mundo."

Hemos subrayado las indicaciones relativas a los bancos "dependientes", porque esto se refiere a una de las particularidades características más importantes de la concentración capitalista moderna. Los grandes establecimientos, y particularmente los bancos, no sólo absorben directamente a los pequeños, sino que se los "adscriben", los subordinan, los "incluyen" en su grupo, en su consorcio (Konzern)—según el término técnico—por medio de la "participación" en su capital, de la compra o del cambio de acciones, el sistema de crédito, etc. El profesor Liefmann ha consagrado un voluminoso trabajo de medio millar de páginas a la descripción de las "asociaciones contemporáneas de participación y ayuda financiera", por desgracia con un suplemento de razonamientos "teóricos" de calidad más que inferior. El resultado a que conduce este sistema de "participación" desde el punto de vista de la concentración, se halla indicado mejor que en ninguna otra parte, en la obra del banquero alemán Riesser sobre los grandes bancos alemanes. Pero, antes de fijar nuestra atención en los datos suministrados por el mismo, daremos un ejemplo concreto del sistema de "participación".

El "grupo" del "Banco Alemán" es uno de los más importantes, por no decir el más importante, de los grupos de grandes bancos. Para darse cuenta de los hilos principales que atan entre sí a los bancos del grupo mencionado, hay que distinguir la "participación" de primero, segundo y tercer grado, o, lo que es lo mismo, la dependencia (de los bancos más pequeños con respecto al "Banco Alemán) de primero, segundo y tercer grado. Resulta lo siguiente:

El «Banco Alemán» participa	Dependencia de primer grado	Dependencia de segundo grado	Dependencia de tercer grado
De un modo permanente....	en 17 bancos	de los cuales 9 en 34	de los cuales 4 en 7
Durante un tiempo desconocido..	en 5 bancos		
De vez en cuando.	en 8 bancos	de los cuales 5 en 14	de los cuales 2 en 2
Total...	en 30 bancos	de los cuales 14 en 48	de los cuales 6 en 9

Entre los 8 bancos de "dependencia de primer grado", sometidos al "Banco Alemán", "de vez en cuando" figuran tres bancos extranjeros: uno austriaco (la "Sociedad Bancaria", de Viena, Bankverein) y dos rusos (el "Banco Comercial Siberiano", Sibirski Torgovii Bank, y el "Banco Ruso para el Comercio Exterior", Russki Bank dlia vneschnei torgovli). En total, forman parte del grupo del "Banco Alemán", directa o indirectamente, totalmente o en parte, 87 bancos, y el capital total propio y ajeno de que dispone el grupo se calcula en dos o tres mil millones de marcos.

Es evidente que un banco que se halla al frente de un grupo tal y que se ha puesto de acuerdo con media docena de otros, casi iguales en importancia a él, para grandes y lucrativas operaciones financieras, tales como por ejemplo los empréstitos de Estado, ha superado ya el papel de "intermediario" y se ha convertido en la alianza de un puñado de monopolistas.

Los datos de Riesser que damos a continuación, en forma abreviada, muestran la rapidez con que a fines del siglo XIX

y principios del XX se ha efectuado la concentración de los negocios bancarios en Alemania:

Los seis grandes bancos berlineses tenían:

Años	en Alemania Agencia	Cajas de depósito y oficina de cambio	Participacion permanente en los bancos anónimos alemanes	Total de estableci-mientos
1895	16	14	1	42
1900	21	40	8	80
1911	104	276	63	450

Estos datos nos permiten ver cómo se extiende la espesa red de canales que abraza a todo el país, que centraliza todos los capitales e ingresos monetarios, que convierte a los millares y millares de explotaciones dispersas en una explotación capitalista única, nacional en un principio y mundial después. La "descentralización" de que hablaba Schulze-Gaevernitz en nombre de la economía política burguesa de nuestros días, en el pasaje que hemos reproducido más arriba, consiste, en realidad, en la subordinación a un centro único de un número cada día mayor de unidades económicas que antes eran relativamente "independiente", o, para decirlo mejor, que tenía un carácter estrictamente local. Se trata, pues, en efecto, de la **centralización**, del reforzamiento del papel, de la importancia y del poder crecientes de los gigantes monopolistas.

En los países capitalistas más viejos, dicha "red bancaria" es todavía más espesa. En Inglaterra, Irlanda inclusive, en 1910 el número de agencias de todos los bancos era de 7.151. Cuatro grandes bancos contaban con más de 400 agencias cada uno (de 447 a 689), otros cuatro con más de 200 y 11 con más de 100.

En Francia, los **tres** bancos más importantes: el "Crédit Lyonnais", el "Comptior National d'Escompte" y la "Société

"Générale" desenvolvieron sus operaciones y la red de sus agencias del modo siguiente:

Años	Número de agencias y cajas			Cuantía de los capitales	
	En Provincias	En París	Total	Propios (en millones de francos)	Ajenos (en millones de francos)
1870.........	47	17	64	200	427
1890.........	192	66	258	265	1,245
1909.........	1,033	196	1,229	887	4,363

Para caracterizar las "relaciones" con que cuenta el gran banco moderno, Riesser suministra datos sobre las cartas enviadas y recibidas por la "Sociedad de Descuento" (Disconto Gesellschaft), uno de los bancos más importantes de Alemania y de todo el mundo (su capital ascendía, en 1914, a 300 millones de marcos):

Años	Número de cartas recibidas	Número de cartas mandadas
1852.........	6,135	6,292
1870.........	85,800	87,513
1900.........	533,102	626,043

En el gran banco parisién "Crédit Lyonnais", el número de cuentas corrientes, que en 1875 era de 28.535, pasó a 633.539 en 1912.

Estas simples cifras muestran con mayor evidencia que los largos razonamientos cómo con la concentración del capital y el aumento del giro de los bancos se transforma radicalmente la significación de estos últimos. **Los capitalistas dispersos forman un capitalista colectivo. Al llevar una cuenta corriente para varios capitalistas, el banco, al parecer, realiza una operación puramente técnica, auxiliar. Pero cuando esta operación crece en proporciones gigantescas, resulta que un**

puñado de monopolistas se subordina las operaciones comerciales e industriales de toda la sociedad capitalista, obteniendo la posibilidad—por medio de las relaciones de los bancos, de las cuentas corrientes y otras operaciones financieras—primero de enterarse con exactitud del estado de los negocios de cada capitalista y después de controlarlos, de ejercer una influencia sobre los mismos, mediante la ampliación o la restricción del crédito, facilitando o dificultando el mismo, y, finalmente, determinar enteramente su destino, determinar su rentabilidad, privarles del capital o darles la posibilidad de acrecentarlo rápidamente y en proporciones inmensas, etc.

Hemos aludido más arriba al capital de 300 millones de marcos de la "Sociedad de Descuento" de Berlín. Este aumento del capital de dicha sociedad fué uno de los episodios de la lucha por la hegemonía entre los bancos berlineses más importantes: el "Banco Alemán" y la "Sociedad de Descuento".

En 1870, el primero era todavía un novato y no contaba más que con un capital de 15 millones, el segundo de 30 millones. En 1908, el primero tenía un capital de 200 millones, el segundo de 170 millones. En 1914, el primero elevó su capital hasta 250 millones: el segundo, mediante la fusión con otro banco importantísimo, la "Alianza Bancaria de Schaffhausen", hasta 300 millones. Y, naturalmente, esta lucha por la hegemonía se desarrolla paralelamente con los "acuerdos" cada vez más frecuentes y más sólidos entre los dos bancos. He aquí a qué conclusiones hace llegar este desarrollo de los bancos a los especialistas en cuestiones bancarias, que examinan los asuntos económicos desde un punto de vista que no va más allá, ni mucho menos, de los límites del reformismo burgués más moderado:

"Los demás bancos siguen el mismo camino—decía la revista alemana **Die Bank**, con motivo de la elevación del capital de la "Sociedad de Descuento" a 300 millones—y los 300 individuos que en el momento actual rigen los destinos económicos de Alemania se verán reducidos a su tiempo a 50, 25 o menos. No hay que esperar que el movimiento moderno de la concentración quede circunscripto a los bancos. El lazo estrecho existente ente los bancos conduce asimismo, de un modo natural, a la aproximación entre los sindicatos de industriales que se hallan protegidos por dichos ban-

cos. . . un buen día nos despertaremos y ante nuestros ojos asombrados no habrá más que trusts y nos hallaremos en la necesidad de reemplazar los monopolios privados por monopolis de Estado. Y, sin embargo, en realidad no tendremos nada que reprocharnos, a no ser el haber dejado que la marcha de las cosas se desarrollara libremente, acelerada un poco por las acciones."

He aquí un modelo de la importancia del periodismo burgués, del cual la ciencia burguesa se distingue sólo por una menor franqueza y la tendencia a velar la esencia de la cuestión, a tapar el bosque con los árboles. "Asombrarse" ante las consecuencias de la concentración, hacer "reproches" al Gobierno de la Alemania capitalista o a la "sociedad" capitalista ("nosotros"), temer la "aceleración" de la concentración como consecuencia de la introducción de las acciones, del mismo modo que un especialista alemán en "carteles", Tschierschky, teme los trusts norteamericanos y "prefiere" los carteles alemanes, pues, según él, no son tan susceptibles "de acelerar de un modo tan extraordinario el progreso técnico y económico como los trusts", ¿es que todo esto no es una prueba de impotencia?

Pero los hechos no dejan de ser hechos. En Alemania no hay truts, sino solamente carteles, pero dirigen el país no más de 300 magnates del capital, y el número de los mismos va disminuyendo constantemente. Los bancos, en todo caso, en todos los países capitalistas, con toda la variedad de legislaciones bancarias existente, intensifican y aceleran enormemente el proceso de concentración del capital y de constitución de monopolios.

"Los bancos crean en el terreno social la forma, y nada más que la forma, de la contabilidad general y de la distribución general de los medios de producción."—escribía Marx, hace medio siglo, en El Capital (trad. rusa, t. III, parte II, pág. 144). Los datos que hemos reproducido con referencia al incremento del capital bancario, al aumento del número de agencias de los bancos más importantes, de sus cuentas corrientes, etc., nos muestran concretamente esa "contabilidad general" de toda la clase de los capitalistas y aún no solamente de los capitalistas, pues los bancos recogen, aunque no sea más que temporalmente, toda clase de ingresos monetarios de los pequeños propietarios y patronos, funcionarios,

obreros de la capa superior, etc. La "distribución general de los medios de producción", he aquí lo que resulta, desde el punto de vista formal, de los bancos modernos, los cuales en número de 3-6 bancos importantes en Francia, 6-8 en Alemania, disponen de miles y miles de millones. **Pero, por su contenido, esa distribución de los medios de producción no es "general" ni mucho menos, sino privada, esto es, conforme a los intereses del gran capital y en primer lugar del gran capital monopolista, el cual obra en condiciones que se caracterizan por la situación semi-hambrienta de la masa de la población, el retraso de la agricultura con respecto a la industria y la percepción, por la "industria pesada" de un "tributo" de todas las demás ramas de la industria.**

En lo que se refiere a la socialización de las formas de la economía capitalista, empiezan a concurrir con los bancos las cajas de ahorro y las instituciones postales, las cuales son más "descentralizadas", es decir, atraen al círculo de su influencia a un número mayor de localidades, sin excluir las aldeas más recónditas, a sectores mucho más vastos de la población. He aquí los datos recogidos por la comisión norteamericana encargada de investigar el desarrollo comparado de los depósitos en los bancos y en las cajas de ahorro:

Depósitos: (en miles de millones de marcos)

Años	Inglaterra		Francia		Alemania		
	En los bancos	En las Cajas de Ahorros	En los bancos	En las cajas de ahorros	En los bancos	En las sociedades de crédito	En las cajas de ahorro
1880	8.5	1,6	?	1,0	0,5	0,4	2,6
1888	12.5	2,1	1,5	2,2	1,1	0,4	4.5
1908	23.2	4,2	3,7	4,2	7,1	2,2	13,9

Las cajas de ahorro, que pagan el 4 y el 4¼ % a los depositarios, se ven obligadas a buscar la manera de colocar de un modo remunerativo sus capitales, a librarse a operaciones de cambio, hipotecarias y otras. Las fronteras existentes entre los bancos y las cajas de ahorro van desapareciendo

cada vez más. Las Cámaras de Comercio de Bochum y de Erfurt, por ejemplo, exigen que se "prohíba" a las cajas de ahorro realizar operaciones "puramente" bancarias, tales como el descuento de letras; exigen la limitación de la actividad "bancaria" de las "instituciones postales". Los magnates bancarios temen verse alcanzados por el monopolio del Estado por un lado inesperado. Pero, naturalmente, dicho temor no va más allá de los límites, por decirlo así, de la concurrencia entre dos jefes de sección de una oficina cualquiera. Pues, al fin y al cabo, son esos mismos magnates del capital los que disponen de los miles de millones que constituyen el capital de las cajas de ahorros y, por otra parte, el monopolio de Estado en la sociedad capitalista no es más que un medio de acrecientamiento y consolidación de los ingresos de los millonarios que se hallan a las puertas de la quiebra en tal o cual rama de la industria.

La sustitución del viejo capitalismo, con la libre concurrencia, por el nuevo capitalismo, con la dominación del monopolio, se expresa, además, en la disminución del papel de la Bolsa. "Hace ya tiempo—dice la revista **Die Bank**—que la Bolsa ha dejado de ser el intermediario necesario de la circulación, como lo era antes, cuando los bancos no podían todavía colocar sus fondos entre sus clientes."

"Cada banco es una Bolsa"—este aforismo moderno es tanto más justo cuanto más grande es el banco, cuanto mayores son los éxitos de la concentración en los negocios bancarios. "Si antes, en los años 1870 - 1800, la Bolsa, con sus excesos de juventud (alusión "delicada" al "krac" bolsista de 1873, a los escándalos y especulación, etc.), abría la época de la industrialización de Alemania, en el momento actual los bancos y la industria "se las pueden arreglar" de un modo independiente. La dominación de nuestros grandes bancos sobre la Bolsa... no es otra cosa que la expresión de la organización completa del Estado industrial alemán. **Si de este modo se restringe el terreno de acción de las leyes económicas que funcionan automáticamente y se ensancha extraordinariamente el terreno de la regulación consciente a través de los bancos, con motivo de ello aumenta en proporciones gigantescas la responsabilidad económica de algunas personalidades directoras."**—dice el profesor alemán Schulze-Gaevernitz, apologista del imperialismo alemán, quien es con-

siderado como una autoridad por los imperialistas de todos los países y se esfuerza en disimular una "pequeñez", a saber, que esa "regulación consciente a través de los bancos" se basa en el despojo del público por un puñado de monopolistas "organizados completamente". La tarea del profesor burgués consiste no en poner al descubierto todo el mecanismo, en desenmascarar todas las artimañas de los monopolistas bancarios, sino en cubrirlos.

Del mismo modo, Riesser, un economista y banquero todavía más prestigiosos, sale del paso por medio de palabras que no significan nada con respecto a hechos que es imposible negar: "La Bolsa va perdiendo cada día más la cualidad indiscutiblemente necesaria para toda la economía y para la circulación de los valores no sólo de ser el instrumento más fiel de evaluación, sino también el regulador casi automático de los fenómenos económicos con los cuales entra en contacto."

En otros términos: **el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre concurrencia, con el regulador indiscutiblemente necesario para ella, la Bolsa, pasa a la historia. En su lugar ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de algo transitorio, que representa una especie de mezcolanza de la libre concurrencia y del monopolio. Surge de un modo natural la pregunta: si dicho nuevo capitalismo es "transitorio" ¿cuál será su etapa inmediata?** Pero los sabios burgueses tienen miedo de hacerse esta pregunta.

"Treinta años atrás, los patronos que concurrían entre sí realizaban las 9/10 de la labor económica que no pertenece a la esfera del trabajo físico de los "obreros". En la actualidad, los **empleados** realizan las 9/10 de esa labor económica intelectual. Los bancos se hallan al frente de este desenvolvimiento." Esta confesión de Schulze-Gaevernitz lleva de nuevo a la cuestión de saber con respecto a qué es transitorio el nuevo capitalismo, el capitalismo en su etapa imperialista.

Entre el número reducido de bancos que, como consecuencia del proceso de concentración, se hallan al frente de toda la economía capitalista, se acentúa cada día más, como es natural, la tendencia al acuerdo monopolista, al **trust de bancos**. En los Estados Unidos no nueve, sino **dos** grandes bancos de los multimillonarios Rockefeller y Morgan dominan

sobre un capital de 11 mil millones de marcos. En Alemania, la absorción, a que hemos aludido antes, de la "Alianza Bancaria de Schaffhausen" por la "Sociedad de Descuento", provocó los siguientes razonamientos, por parte del periódico de los intereses bursátiles, **La Gaceta de Francfort:**

"Con el incremento de la concentración de los bancos se restringe el círculo de instituciones a las cuales una se puede dirigir en demanda de crédito, como consecuencia de lo cual aumenta la dependencia de la gran industria con respecto al número reducido de grupos bancarios. Como resultado del estrecho lazo existente entre la industria y el mundo de los financieros, la libertad de movimiento de las asociaciones industriales que tienen necesidad del capital bancario se ve restringida. Por esto la gran industria asiste a la trustificación cada día más intensa (unificación o transformación en trusts) con cierta perplejidad: en efecto, a menudo se ha podido observar el gérmen de acuerdos determinados entre los consorcios de grandes bancos, acuerdos que conducen a la limitación de la concurrencia."

Una vez más aparece que la última palabra en el desarrollo de los bancos es el monopolio.

En lo que se refiere al lazo estrecho existente entre los bancos y la indstria, es precisamente en esta esfera que se muestra acaso con más evidencia que en ninguna otra parte el nuevo papel de los bancos. Si el banco descuenta las letras de tal o cual patrono, le abre una cuenta corriente, etc., esas operaciones, consideradas aisladamente, no disminuye en lo más mínimo la independencia de dicho patrono y el banco no pasa de los límites de intermediario modesto. Pero si estas operaciones son cada vez más frecuentes, si el banco "reúne" en sus manos grandes capitales, si la apertura de cuentas corrientes de tal o cual empresa permite al banco—y es así como sucede—enterarse de un modo cada día más detallado y completo de la situación económica de su cliente, se obtiene como resultado una dependencia cada día más completa del capitalista industrial con respecto al banco.

Paralelamente se desenvuelve, por decirlo así, la "unión personal" de los bancos con las más grandes empresas industriales y comerciales, la fusión de unos y otras por medio de la posesión de las acciones, la entrada de los directores de los bancos en los consejos o administraciones de las em-

presas industriales y comerciales, o a la inversa. El economista alemán Jeidels ha reunido datos completísimos sobre esta forma de la concentración de los capitales y de las empresas. Seis grandes bancos berlineses estaban representados, por medio de sus directores, en 344 sociedades industriales, y por medio de los miembros de su administración, en otras 407, o sea en total, en 751 sociedades. En 289 sociedades tenían a dos de sus miembros en los consejos o desempeñaban la presidencia. Entre esas sociedades mercantiles e industriales hallamos las ramas de industria más variadas: negocios de seguros, vías de comunicación, restaurants, teatros, industria artística, etc., etc. De una parte, en los consejos de esos seis bancos había (en 1910), 51 grandes industriales, entre ellos el director de la firma Krupp, el de la gigantesca sociedad marítima "Hapag" (Hamburg-Amerika-Linie), etc. Cada uno de los seis bancos, desde 1895 a 1910, participó en la emisión de acciones y obligaciones para varios centenares de sociedades industriales, más concretamente, de 281 a 419.

La "unión personal" de los bancos con la industria se completa con la "unión personal" de esas y otras sociedades con el Gobierno. "Los puestos de miembro de los consejos de administración—escribe Jeidels—se confían a personalidades de nombre conocido, así como a ex-funcionarios del Estado los cuales pueden proporcionar no pocas facilidades (¡!) en las relaciones con el poder . . . En el consejo de administración de un gran banco hallamos siempre a un miembro del parlamento o del municipio de Berlín."

Los grandes monopolios capitalistas van desarrollándose, pues, a toda máquina, siguiendo todos los caminos "naturales" y "sobrenaturales". Se establece una determinada división sistemática del trabajo entre algunos centenares de reyes financieros de la sociedad capitalista contemporánea.

"Paralelamente al ensanchamiento de la esfera de acción de los grandes industriales" (que entran en los consejos de los bancos, etc.) "y a la concesión a los directores provinciales de los bancos únicamente de la administración de una región industrial determinada, se efectúa un aumento determinado de la especialización entre los directores de los grandes bancos. **Una especialización tal tiene sentido sólo en el caso de que la empresa bancaria, y particularmente sus rela-**

ciones industriales, tengan grandes dimensiones. Esta división del trabajo se efectúa en dos sentidos: de una parte, la relación con la industria en su conjunto se confía, como ocupación especial, a uno de los directores; de otra parte, cada director toma sobre sí la misión de conservar determinadas empresas o grupos de empresas similares por la profesión o los intereses (el capitalismo ha llegado ya a ejercer la observación sobre las empresas en particular...) "La especialidad de uno consiste en la industria alemana, a veces incluso sólo la de la Alemania occidental" (la Alemania occidental es la parte más industrial del país). "la de otro, las relaciones con los industriales y los gobiernos de otros países, los informes sobre los industriales, etc. Además de esto, cada uno de los directores de banco a menudo queda encargado de una localidad o de una rama de industria especial; uno trabaja principalmente en los consejos de las sociedades eléctricas, otro en las fábricas químicas, azucareras o de cerveza, el tercero en un cierto número de establecimientos aislados y, paralelamente, en el consejo de las sociedades de seguros... **En una palabra, es indudable que en los grandes bancos, a medida que aumentan las proporciones y la variedad de sus operaciones, se establece una división del trabajo cada vez mayor entre los directores, con el objeto (y con el resultado) de elevarlos un poco, por decirlo así, por encima de los negocios puramente bancarios, hacerles más aptos para tener un juicio propio sobre los asuntos, orientarse mejor sobre las cuestiones generales de la industria y las cuestiones especiales de ramas determinadas de la misma, prepararlos para su actividad en el terreno de la esfera industrial de la influencia del banco.** Este sistema de los bancos se halla completado por la tendencia de los mismos a elegir para sus consejos de administración a gente que conozca bien la industria, a patronos, ex-funcionarios, particularmente a los que hayan servido en los departamentos de ferrocarriles, minas, etc."

En los bancos franceses hallamos instituciones similares, en una forma un poco diferente. Por ejemplo, uno de los tres grandes bancos franceses, el "Crédit Lyonnais", ha organizado una sección especial dedicada a recoger informaciones financieras (service des études financières). En dicha sección trabajan permanentemente 50 personas: ingenieros, estadísticos, economistas, abogados, etc. Cuesta de 600 a 700 mil

francos anuales. La sección se halla dividida a su vez en ocho subsecciones: una recoge datos especiales sobre las empresas industriales, otra estudia la estadística general, otra las sociedades ferroviarias y navieras, otra los fondos, otra los balances financieros, etc.

Resulta, de una parte, una fusión cada día mayor o, según la acertada expresión de N. Bujarin, la "ensambladura" de los capitales bancario e industrial, y, de otra, la transformación de los bancos e instituciones de un carácter verdaderamente "universal". Juzgamos necesario reproducir los términos exactos relativos a esta cuestión, empleados por Jeidels, el escritor que mejor la ha estudiado:

"Como resultado del examen de las relaciones industriales en su conjunto, obtenemos el **carácter universal** de los institutos financieros que trabajan para la industria. En oposición a otras formas de los bancos, en oposición a las exigencias formuladas a veces en la literatura de que los bancos deben especializarse en una esfera determinada de negocios o de rama de la industria, a fin de pisar terreno firme, los grandes bancos tienden a convertir sus relaciones con los establecimientos industriales lo más variados posible, tanto desde el punto de vista de la localidad como del género de la producción, se esfuerzan en eliminar la distribución desigual del capital entre las distintas localidades o ramas de la industria y que halla su explicación en la historia de los establecimientos particulares... Una tendencia consiste en convertir la relación con la industria en fenómeno de orden general; otra, en trocarla en sólida e intensiva; ambas están realizadas en seis grandes bancos no de un modo completo, pero ya en proporciones considerables y en un grado igual."

En los medios comerciales e industriales se oye con frecuencia lamentos sobre el "terrorismo" de los bancos. Y no tiene nada de sorprendente que surjan tales lamentos cuando los bancos "mandan" en la forma manifestada en el ejemplo siguiente: El 19 de Noviembre de 1901, uno de los bancos berlineses llamados bancos D (el nombre de los cuatro bancos más importantes empieza por la letra D) se dirigió a la administración del sindicato de cemento de la Alemania del norte, del oeste y del centro, con la carta siguiente:

"Según el comunicado publicado por ustedes el 18 del mes actual, en el periódico tal, debemos tener en cuenta la posibilidad de que en la asamblea general de su sindicato,

que debe celebrarse el 30 de este mes, se tomen resoluciones susceptibles de determinar modificaciones en vuestra empresa, que son inaceptables para nosotros. Por esto, sintiéndolo profundamente, nos veremos obligados a cerrarles el crédito de que hasta ahora gozaban... Pero si en dicha asamblea general no se toman resoluciones inaceptables para nosotros y se nos dan garantías a este respecto para el futuro, estamos dispuestos a entablar negociaciones con el fin de abrir un nuevo crédito."

En esencia, se trata de los mismos lamentos del pequeño capital con respecto al grande, ¡pero en este caso ha pasado a la categoría de "pequeño" capital todo un sindicato! La vieja lucha entre el pequeño y el gran capital se reproduce en un grado de desarrollo incomparablemente más elevado. Naturalmente, las empresas de los grandes bancos, que cuentan con miles de millones, pueden hacer avanzar el progreso técnico valiéndose de recursos incomparablemente superiores a los anteriores. Los bancos crean, por ejemplo, sociedades especiales de investigación técnica, de cuyos resultados se aprovechan, naturalmente, sólo las empresas industriales "amigas". Entre ellas figuran la "Sociedad para el estudio de la cuestión de los ferrocarriles eléctricos", la "Oficina central para las investigaciones científico-técnicas", etc.

Los directores mismos de los grandes bancos no pueden dejar de ver que se están creando nuevas condiciones de la economía nacional y que son impotentes ante las mismas.

"El que haya observado durante los últimos años—dice Jeidels—la sustitución de personas en los cargos de directores y miembros de los consejos de administración de los grandes bancos, no podrá dejar de darse cuenta de que el poder pasa a las manos de personalidades que consideran que el fin necesario y vital de los grandes bancos consiste en la intervención activa en el desenvolvimiento general de la industria; además, entre esas personalidades y los viejos directores de los bancos se producen divergencias en el terreno de los negocios y a menudo en el terreno personal. Se trata, en una palabra, de saber si no perjudica a los bancos, en su calidad de instituciones de crédito, esa intervención en el proceso industrial de la producción, si no se sacrifican los firmes principios y el beneficio seguro a una actividad que no tiene nada de común con el papel de intermediario para la facilitación de créditos y que coloca a los bancos en un terreno en

que se hallan todavía más subordinados que antes a los efectos ciegos de la coyuntura industrial. Así hablan muchos de los viejos directores de bancos, mientras que la mayoría de los jóvenes considera la intervención en las cuestiones de la industria una necesidad tal como la que ha dado a luz, junto con la gran industria moderna, a los grandes bancos y a las empresas industriales bancarias. En lo único en que están de acuerdo las dos partes es en que no existen principios firmes ni fines concretos para la nueva actividad de los grandes bancos."

El viejo capitalismo ha caducado. El nuevo constituye una etapa de transición hacia algo distinto. Encontrar "principios firmes y fines concretos" para la "conciliación" del monopolio con la libre concurrencia, naturalmente, es imposible. Las confesiones de los prácticos tienen un sentido bien distinto de los himnos a las excelencias del capitalismo "organizado", entonados por los apologistas del mismo, tales como Schulze-Gaevernitz, Liefmann y otros "técnicos".

Jeidels nos da una respuesta relativamente exacta a la cuestión de saber a qué período se refieren con precisión los comienzos de la "nueva actividad" de los grandes bancos:

"Las relaciones entre las empresas industriales con su nuevo contenido, nuevas formas, nuevos órganos, a saber: los grandes bancos, organizados simultáneamente de un modo centralizado y descentralizado, se forman, como fenómeno característico de la economía nacional, hacia 1890; en un cierto sentido, dicho punto de partida puede ser incluso considerado el año 1897, con sus grandes fusiones de empresas que introdujeron por primera vez la nueva forma de organización descentralizada en aras de las consideraciones de la política industrial de los bancos. Este punto de partida a decir verdad se puede llevar incluso a un período más reciente, pues únicamente la crisis de 1900 aceleró en proporciones gigantescas el proceso de concentración de la industria y de la banca, consolidó dicho proceso, convirtió por primera vez las relaciones con la industria en verdadero monopolio de los grandes bancos y dió un carácter incomparablemente más estrecho y más intenso a dichas relaciones."

En resumen, el siglo XX señala el punto de partida del viejo al nuevo capitalismo, de la dominación del capital en general a la dominación del capital financiero.

Revisión de la actitud general de los anarquistas

Por RUDOLF ROCKER.

Hablar de los problemas presentes del anarquismo y de los medios para actuar internacionalmente contra la reacción del pensamiento autoritario, equivale al mismo tiempo a hablar de cosas que según nuestra opinión, fueron expresadas por muchos camaradas en los últimos decenios. Si los anarquistas hubieran hecho todo lo que mínimamente podía esperarse de ellos, el desarrollo de toda esta cuestión no pasaría de ser ocioso entretenimiento, sin ningún género de valor práctico.

Tan sólo el hecho de que nos veamos hoy forzados a plantear dicha cuestión, es la mejor prueba de que en nuestro movimiento existen determinados defectos, abiertamente perceptibles en todas partes, pero cuyos verdaderos motivos no se ha logrado, al parecer, poner en claro.

Todos los que han seguido con atención el movimiento anarquista durante los últimos quince o veinte años, no se extrañarán de que en diferentes ocasiones se haya hablado de una "crisis en el anarquismo" ni de que en publicaciones anarquistas se haya afirmado la necesidad de una revisión del pensamiento anarquista.

En nuestro concepto se trata hoy menos de una revisión de las ideas anarquistas, que de una revisión de la actitud general de los anarquistas y de su presente actividad práctica. Las más bellas teorías tienen sólo un valor, cuando son arrancadas de las experiencias prácticas de la vida y actúan sobre ella en sentido renovador. Donde esto no ocurre, surge irrevocablemente ese doctrinarismo seco y apergaminado que se enquista en ciertos dogmas religiosos, políticos o sociales, y ahoga poco a poco la vida espiritual de un movimiento, ya que se estanca en fórmulas estériles y permanece ciego ante los acontecimientos de la existencia social. Y, efectivamente, este me parece ser el caso en los amplios círculos del movimiento socialista general. Los anarquistas no forman a este respecto una excepción.

Carece en absoluto de sentido pretender que un reclamo político determinado podría proteger contra tal situación a un movimiento. También el anarquista es únicamente un hombre, y como tal se halla tan expuesto a los períodos de agotamiento espiritual como los partidarios de cualquiera otra tendencia. Se trata siempre de si una idea se manifiesta en cada uno como un acontecimiento interior, que inflama espiritualmente todas las acciones de su vida, o si, por el contrario, no pasa de ser un reconocimiento de palabra que halla su expresión en ciertos tópicos verbales, sin fertilizar la substancia interior del hombre. Donde se da el último caso, son las con-

secuencias generalmente las mismas. Pero, también ideas que al comienzo ejercieron una influencia renovadora en el espíritu humano, pueden, por rutina habitual o falta de práctica actuación en la vida, quedar reducidas a muerto verbalismo, como ya la historia repetidas veces nos lo ha mostrado.

Nunca estuve interiormente tan convencido como ahora de la justeza y exactitud del anarquismo. La guerra mundial y sus terribles resultados, los acontecimientos revolucionarios de Rusia y Europa central, la fe milagrosa en la omnipotencia de la dictadura que embarga de nuevo a amplias capas sociales de los pueblos, el siniestro fortalecimiento de la reacción nacionalista en forma de movimientos fascistas y otras muchas apariciones del presente, estrechamente unidas con las anteriormente citadas, me han convencido más y más de que la continuación del desarrollo de la humanidad en este sentido conducirá a un torrente de sangre y a una esclavitud espiritual y material.

Todo lo que, para nuestra generación, tuvo antes solamente una relativa significación teórica con más o menos abstractas perspectivas, manifiéstase hoy a plena luz de la realidad, de manera que nos es ya posible seguir todo práctico resultado de esta situación hasta en sus últimas consecuencias. Rara vez ofreció la historia tan claramente como hoy semejante posibilidad. Y los resultados de una observación atenta son verdaderamente commocionantes. Muchas apariciones que creíamos, desde hace largo tiempo, sepultadas en el fodo sombrío de un pasado bárbaro, vuelven hoy amenazadoras a levantar su cabeza, sin encontrar apreciable resistencia. Produce la impresión como si el sentido de la humanidad se hubiese paralizado momentáneamente y fuera incapaz de oponerse eficazmente a los terribles resultados de una reacción cada vez más creciente en todos los dominios.

Sin duda alguna, la guerra ha traído consigo un endurecimiento de las costumbres y un desprecio sin ejemplo de la vida y de la libertad, pero esta aparición fatal debiera ser para nosotros un motivo más para multiplicar nuestra energía y defender y ampliar el campo de los esfuerzos libertarios, amenazados hoy por todos lados Desgraciadamente, es muy poco lo que se hace en este sentido, y donde algo se hace, está aislado y sin la adecuada conexión y continuidad. A pesar de toda la fraseología revolucionaria de nuestro tiempo, no hemos conseguido aproximarnos a la libertad ni al socialismo, antes más bien nos hemos separado de ambos un buen trozo de camino y debemos ver, aunque con el corazón torturado, cómo se amplifica y extiende una reacción victoriosa.

Y sin embargo sentimos hoy más que nunca que un desenvolvimiento de nuestra raza en dirección a la libertad, solidaridad y verdadera humanidad, sólo puede operarse por el camino del anarquismo. Todo otro camino me parece decididamente intransitable, ya que él, según todas las experiencias que poseemos, nos llevaría de nuevo en último término hacia el laberinto de ideologías e instituciones autoritarias.

¿Qué entendemos por anarquismo?

Llamamos anarquismo a aquella tendencia del mundo del pensamiento socialista que aspira a renovar la vida social sobre la

base de la libertad personal y la igualdad social del hombre. El anarquista opina que tal renovación no puede ser dictada de arriba a abajo por un consorcio de legisladores o por un gobierno cualquiera, sino que, más bien, ésta se desarrolla orgánicamente en el seno del pueblo y, como convicción determinada, debe hallar antes su sedimento espiritual.

Por esta razón no aspira a la conquista del poder político—la finalidad constante de casi todos los partidos políticos—, sino a la eliminación del Estado y todos sus órganos, ya que el Estado, según su más íntima esencia, ha sido continuamente un instrumento de dominio espiritual y explotación económica de las masas y nunca puede ser otra cosa, sean cuales fueren el partido a que esté sometido y las personas que transitoriamente lo manejen.

El anarquista, pues, no intenta instalarse en las instituciones dominantes de la actual sociedad; todos sus esfuerzos están consagrados a combatir hasta el extremo límite esas instituciones, y fomentar solamente las formaciones de organismos que se desarrollen espontáneamente entre las masas para defender sus necesidades inmediatas, y que ofrecen al individuo la mayor libertad posible y la acción de un apoyo mutuo y una solidaridad consciente.

Libertad y solidaridad, reunidas sintéticamente en el concepto de justicia social, son las piedras angulares de la razón anarquista.

Yo no creo que en estas concepciones fundamentales haya algo que revisar, aun cuando su aplicación práctica como todo lo demás, se halla sometido al cambio del tiempo y de las condiciones sociales. En mi opinión sería incluso fatal intentar retocar o sutilizar estas ideas, no porque yo las considere como dogma intangible, sino porque veo en ellas la más saludable y creadora fuerza del desenvolvimiento humano que, a pesar de todas las limitaciones, ha actuado de la manera más fructífera y bienhechora en la marcha de la vida social y privada.

Pero tanto más me parece necesario someter nuestra actividad y las formas de nuestra propaganda a una consideración crítica. Si, después de un profundo examen, nos fuera posible a este respecto obtener resultados apreciables, debería resolverse por sí misma la cuestión relativa a los mejores medios para luchar internacionalmente contra la reacción del pensamiento autoritario.

Para decirlo clara y prontamente: nos hemos vuelto demasiado doctrinarios y pensamos en todas las cosas más con los pensamientos de nuestros predecesores que con nuestros propios pensamientos. Una ojeada sobre la prensa anarquista de los diferentes países, nos muestra esto claramente, pues el número de publicaciones que, de un modo continuado, tienden a utilizar nuevos medios y caminos, es verdaderamente muy pequeño. Muchos de entre nosotros han desaprendido totalmente la manera de aplicar prácticamente nuestras ideas a los mil complicados problemas del presente y de actuar creadoramente en los diferentes dominios de la vida colectiva. En muchos países se han dejado llevar nuestros camaradas a un estado tal de fosilización, que toda actividad práctica, en cuanto se desvía un pelo de la acostumbrada rutina de los viejos métodos de propaganda, es considerada como un pecado contra el santo es-

píritu de los principios, y semejante desviación "del verdadero camino" es combatida con una intolerancia tan grande y una aversión tan rabiosa, que es difícil hallarla en peor grado entre los partidarios de las tendencias autoritarias.

Todo aquel que conoce relativamente la historia del desarrollo de las ideas anarquistas, debe considerar que, en el período de tiempo comprendido entre la vieja Internacional y el desenvolvimiento del moderno movimiento comunista-anarquista, no solamente existió en nuestro campo una mayor vivacidad espiritual, sino también una tolerancia más fuertemente calcada y una más amplia comprensión para la diversidad de opiniones de naturaleza táctica o doctrinal. Un estudio hondo de nuestras viejas publicaciones indica, indudablemente, que mi afirmación no reposa sobre una presunción arbitraria.

Partiendo del hecho que no hay hoy ningún país en que el movimiento anarquista no se halle dislocado y escindido por disputas interiores, es preciso tener en cuenta que estas luchas fratricidas son efectuadas en una forma tan cáustica y repugnante que, ciertamente, se hallan muy lejos de poder procurar nuevos adherentes al movimiento. Que no se nos venga a decir que en el resto de las tendencias socialistas, y particularmente en los partidos comunistas de los diferentes países, ocurre otro tanto. Esto es un mal consuelo, y probaría solamente que entre nosotros y ellos no hay ninguna diferencia esencial, tanto en la posición espiritual, como en el efecto personal de las ideas. Si este fuera efectivamente el caso, entonces el movimiento anarquista no tendría, bajo ningún concepto, derecho a la existencia. Pues, en último término, debe esperarse que las prendas interiores y la posición espiritual de un hombre han de hallar, necesariamente, una cierta expresión en sus acciones y, ante todo, en las relaciones con sus propios camaradas.

Si para nosotros el anarquismo no significara más que un bello ideal para un porvenir lejano, entonces — perdónesenos la herética opinión — su valor moral sería de pequeña importancia. Pero una idea — y muy especialmente una idea como la anarquista — debiera, en mi entender, significar para el hombre algo más que una representación platónica de un bello ideal del porvenir, por atractivo y excelente que éste pueda ser; ésta debe convertirse en acontecimiento interior del individuo y ejercer una marcada influencia sobre todos sus gestos y sus acciones. La idea de libertad y justicia social, plenamente encarnada en el anarquismo, debe producir, al menos, ciertas condiciones éticas previas de nuestro obrar cotidiano, que establecen una cierta armonía entre el pensamiento y la acción, contribuyen a la satisfacción interior del hombre y llegan a ser para él algo, por así decirlo, consabido y habitual.

Cierto que también el anarquista está ligado a las circunstancias sociales en que vive y no puede siempre obrar como quisiera, pero nadie puede impedirle que, en relación con otros hombres y particularmente con sus propios camaradas, manifieste las cualidades éticas que mínimamente pueden esperarse de él.

Si se guarda para sí el derecho de libre decisión y de obrar por propia convicción, entonces es indudable que este precioso derecho

que presta a nuestro ser su verdadero encanto, debe ser respetado en los demás, ya que tal derecho halla precisamente su total confirmación en el derecho de los demás. Si yo, pues, intento limitar la libertad de los otros y me dedico contiuamente a empequeñecer sus acciones y atribuirlas alos motivos más odiosos, como desgraciadamente ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros, doy prueba de que en mí existen reminiscencias de series de ideas autoritarias, a pesar de la más bella fachada anarquista ante el mundo exterior.

Por esto la tolerancia mutua y la total comprensión para con los motivos y acciones de mis propios camaradas son la más indispensable condición de la vida de libertad personal y justicia social. Todo intento de probar lo contrario y, en nombre de la llamada "libertad individual" o del "egoismo reconocido", dar de lado brutalmente toda consideración hacia los demás no es más que sofística vulgar, cuyo origen es, en muchos casos, la cobardía personal, ya que trata de justificar, por medio de un barato ergotismo filosófico, las acciones más impulcras y egoistas. La verdadera libertad reside constantemente en la responsabilad personal y en la solidaria simpatía para con el prójimo. Donde falta esa condición no puede haber más que una máscara de tiranía brutal y despreciable arbitrariedad.

Yo he encontrado siempre que allí donde el anarquismo se ha convertido en sagre y carne del hombre, penetrándose de espíritu viviente, existe continuamente la tolerancia mutua, porque, en definitiva, no puede ocurrir de otro modo. Pero allí donde no queda de las ideas más que la acostumbrada rutina, la cual inevitablemente ha de llevar al dogmatismo muerto y antiespiritual, allí comienza también el desprecio hacia todo lo que no responda al modelo común, en una palabra: allí se instala la necesidad interior del pesanmiento autoritario. Un dogmático seco, que pasa sin atención ante los verdaderos acontecimientos de la vida cotidiana, se siente siempre inclinado hacia la autoridad, aun cuando se llame anarquista. Quizás sería mucho mejor que esta concepción de las cosas no fuera por cada una sentida solo interiormente, sino también en todas partes prácticamente probada con hechos.

Nada actúa en un movimiento social más fuertemente que el ejemplo personal de sus representantes. Es un hecho indiscutible, que hay hombres que, antes de ser captados por una idea, deducen la perfección y grandeza de la misma por el ejemplo personal de sus animadores y la juzgan según tal ejemplo. Más tarde aprenden a establecer una diferencia entre ideas y personas.

Ya por esta razón debiera evitarse dar a los conflictos de principios o puramente personales, qué no se podrá excluir nunca en un movimiento, ese carácter cáustico y odioso que, muy a menudo, prescinde de todo sentido de humana dignidad y no pocas veces convierte un movimiento en un lamentable montón de escombros. Un poco más de buena voluntad, más tacto y mejor intencionado juicio podrían ser aquí de gran utilidad. Ciego espíritu de contradicción y doctrinarismo limitado, que siempre revelan la falta de sentido solidario y vivacidad espiritual, son continuamente el resultado de una actitud autoritaria.

En nuestra oponinión, la causa del creciente doctrinarismo en nuestra filas debe ser atribuída principalmente a dos he-

chos. Durante los dos últimos decenios hemos intentado muy poco salir de nuestros propios marcos. Una duradera reproducción en sí mismo actúa a la larga en sentido embotador, satisface en muy pequeño grado al individuo, y produce casi siempre cierta irritación en las propias filas.

Además, la mayoría de nosotros se ha acostumbrado demasiado a ver en el anarquismo o, mejor dicho, en su forma actual un cerrado desarrollo de las ideas. Se considera el comunismo anarquista como último miembro de aquel ciclo evolutivo que nos llevara del mutualismo a las concepciones actuales, pasando por el colectivismo, y, de antemano, se acoge todo nuevo ensayo con una cierta desconfianza o una engreída superioridad.

No vacilo en declarar aquí que, también yo, veo en la conjunción de comunismo y anarquía la más favorable condición previa para un desarrollo libertario de la humanidad, pero tal opinión no debiera impedirnos comprender que ésta tiene solamente una significación relativa y que de ningún modo poseemos la garantía de su infalible certidumbre. De todas formas, los acontecimientos revolucionarios de Rusia, Europa central e Italia nos han colocado ante una gran cantidad de nuevos problemas, que presentan como muy dudosa la hipótesis de si una revolución venidera se desarrollará también verdaderamente en el cuadro de previsiones prácticas que Kropotkin, por ejemplo, nos ha descrito en su **Conquista del pan**. Incluso si aceptamos que el desarrollo general nos lleva hacia una situación como la que prevemos en el anarquismo comunista, esto, después de todas las prácticas experiencias del último decenio, se halla aún muy lejos de ser la prueba de que una revolución nos traerá inmediatamente la realización del ideal que alentamos. Debemos más bien irnos acostumbrando a pensar que un gran número de formas económicas subsistirán lado a lado, a fin de probar su valor práctico. Claro que de ninguna manera considero esto como un perjuicio; por el contrario, me parece la única posibilidad de abrir buen camino a un desenvolvimiento verdaderamente libre.

Personalmente opino que una forma económica como el colectivismo, en el momento de una sacudida revolucionaria, se halla prácticamente más próxima que el comunismo. En primer lugar, el comunismo es sólo posible bajo la condición de que todo exista en superabundancia, pues únicamente así podría tener un valor efectivo el llamado derecho al goce libre de todos los bienes. Pero la experiencia nos ha mostrado que la revolución no se produce siempre bajo tan favorables circunstancias. En la mayoría de los casos debe bien contarse con que éstas estallan en períodos de tiempo en los cuales la vida económica se halla fundamentalmente dislocada y en plena desorganización, de manera que el mandamiento del instante es proveer a la sociedad de lo más indispensable. Bajo semejantes condiciones no se puede de ningún modo soñar con un comunismo, tal como nosotros lo entendemos, sino, a lo sumo, con un desarrollo gradual en dirección al comunismo.

Además el lema: "de cada uno según sus fuerzas", en su aplicación práctica e inmediata, no podría ser tan simple como la mayor parte de nosotros hemos creído antes. El sistema capitalista no ha sido ciertamente el más apropiado para desarrollar en los hombres los instintos sociales y solidarios, sino que, antes más bien, su actuación

en todas sus formas ha contribuído a empequeñecer y paralizar esos sentimientos. El conocido proverbio: "Lo que es pan para Juan es muerte para Sebastián" no es más que la sentida expresión de tal estado de cosas. Ahora bien, debemos contar con los hombres tal como son y como los recibiremos de la vieja sociedad, y ante todo creo yo que una medida cualquiera determinante del valor del trabajo personal corresponderá al sentido general del derecho mejor que el llamado derecho al goce libre.

Después de las prácticas experiencias de los últimos ocho o diez años debemos tener necesariamente en cuenta que una buena parte de los hombres se hallaría inclinada a estimar sus aptitudes personales en el dominio de la producción más inferiormente que los otros están inclinados a hacerlo. Esto llevará desde el primer momento a una situación malsana que, muy fácilmente, podría conducir a nuevas medidas autoritarias. Sobre el estado de cosas a que todo eso nos arrastraría en último término ofrécenos Rusia el más elocuente ejemplo. Por esto el lema colectivista: "A cada uno el producto íntegro de su trabajo", correspondería a las necesidades de la realidad, en la primera fase de un período revolucionario, mejor que el derecho al libre goce del comunismo, tanto más cuanto que, con ese medio, ninguna otra tendencia sería estorbada en sus ensayos prácticos. En fin de cuentas mutualismo, colectivismo o comunismo no son objetivos en sí, sino simplemente medios conducentes a una finalidad determinada. Éstos deben servirnos para hacer arraigar el sentido de libertad y solidaridad del hombre en las condiciones económicas y sociales de la vida colectiva y, de esta forma, hacer posible el desarrollo de una nueva mentalidad que, ya instintivamente, rechace toda concepción autoritaria.

Todo progreso humano debe ser agradecido sólo al libre experimento, cosa ésta que podemos particularmente observar en el dominio de la ciencia. Una reclusión violenta de los hombres en ciertas formas de la vida social es siempre autoritaria e implica un obstáculo para todo desarrollo ulterior. La primera condición de un estado de cosas verdaderamente libertario consiste, precisamente, en la posibilidad para cada tendencia, de poder poner en práctica sus ideas y comprobar la eficacia de las mismas, en tanto que semejante experimento no constituya un ataque a la libertad de los demás.

Los grandes acontecimientos de la post-guerra nos han probado también que una destrucción total de todas las instituciones existentes, como la mayoría de nosotros se la imaginara antaño, no sería tampoco muy acertada. Así, por ejemplo, en el momento de una transformación social no será muy fácil eliminar acto seguido el dinero y el sistema bancario; se tratará más bien de transformar dichas instituciones y utilizarlas como medio provisional de cambio, a fin de mantener en marcha la vida social y preparar las nuevas formas de la economía.

Es muy sensible que, durante los últimos veinticinco o treinta años, nuestra literatura se haya ocupado demasiado poco de los problemas de una nueva vida económica. Fuera de la profunda obra de Kropotkin **Campos, Fábricas y Talleres**, no hay, en toda nuestra literatura, ninguna obra de significación fundamental que se haya ocupado a fondo de los problemas de la economía y nos haya abierto nuevas perspectivas para el porvenir.

Tenemos en cada idioma un exceso de obras, en las cuales se intenta fundamentar el concepto de libertad de un modo puramente filosófico—muy frecuentemente en forma demasiado abstracta—, pero las condiciones prácticas de esa libertad, que deben ser creadas primero en las relaciones económicas, políticas y sociales de la vida, fueron hasta ahora tratadas como cenicientas. Si se compara con esto los a veces verdaderamente brillantes informes presentados en los congresos nacionales e internacionales de la primera Internacional por los representantes del ala libertaria, es preciso reconocer sin más que, entonces, hubo mayor comprensión para la extraordinaria importancia de esos problemas que en el período siguiente. Solamente ahora, después de las expresivas experiencias que durante y después de la guerra hemos tenido ocasión de hacer, se comienza de nuevo, poco a poco, a prestar oído y comprensión a estas cuestiones, pero todavía no en la medida que lo merecen.

Que no se nos diga que los viejos fundadores del socialismo general, los Saint-Simon, Owen, Fourier, Proudhon, etc., en cuyas investigaciones se apoyan los anarquistas, examinaron ya a fondo las cuestiones económicas y las agotaron de tal modo al tratarlas que es muy poco lo que a sus ideas en este terreno pueda añadirse. En primer lugar, el poderoso desarrollo de la industria moderna ha creado una serie de nuevos problemas que antes no pudieron ser previstos, y que para nosotros no pierden nada de su significación, aun cuando consideremos este industrialismo unilateral y exagerado como un fenómeno pasajero del desenvolvimiento social.

Y en segundo término, las ideas de aquellos hombres son algo casi ignorado por los anarquistas de hoy. Esto nó se refiere simplemente a Fourier, Owen, Thompson, etc., sino incluso a Proudhon, el más significativo propugnador del anarquismo, cuyas obras son apenas superficialmente conocidas por la gran mayoría de los actuales anarquistan. Y, sin embargo, cuanto bueno contienen los escritos de esos hombres, lo cual aun hoy no ha perdido su valor. ¡Cuán maravillosamente podría la teoría de Fourier sobre el trabajo atractivo contrarrestar al Fordismo y Taylorismo de nuestra época, que ha logrado también fascinar totalmente a nuestros socialistas de Estado! ¡Y qué magnífico armamento nos ha suministrado Proudhon contra el nacionalismo moderno, sin que muchos de entre nosotros se hayan enterado aún hoy de ello!

No basta con decir al hombre: "Sé libre", es preciso poder indicarle también los medios prácticos y caminos por los cuales llegará a obtener la libertad y podrá asegurarla en las variables circunstancias de una nueva vida social. Precisamente a este respecto tienen una gran ventaja sobre nosotros los partidos y tendencias del socialismo autoritario. Dada la ingenua creencia de las grandes masas en la virtud del Estado, no les es difícil convencer a los hombres de que todos esos problemas serán solucionados por un gobierno idóneo, siendo igual que se llame "dictadura del proletariado" o se manifieste en forma de "Estado democrático y constitucional". Como quiera que los hombres se han acostumbrado a ver en el Estado a la providencia terrenal, paréceles tal solución la más sencilla y natural. Por esta razón es en extremo necesario indicar a los hombres los medios prácticos y caminos que les harán ver las posibi-

lidades de una humanidad libre. Todo el que se halla en medio de la propaganda práctica, sabe por experiencia que, precisamente, los elementos pensantes y activos son los que más a menudo se dirigen a nosotros con semejantes cuestiones. Y éstos son, verdaderamente, los más importantes elementos. Aquellos que se conforman con un tópico político altisonante, carecen de significación para un trabajo constructivo y creador; pero los hombres pensantes y de vivacidad espiritual, los que sobre todas las cosas saben formarse un juicio personal y crítico, ésos son de un valor inapreciable para la realización práctica de nuestras ideas.

No fué ésta una de las menos importantes consideraciones que incitaran a hombres como Pelloutier, Pouget y muchos otros anarquistas a consagrar su valiosa actividad al movimiento sindicalista o a prestarle su apoyo decidido. El reconocimiento de que las organizaciones sindicales de los trabajadores son el medio más adecuado para preparar y llevar por buen camino una reorganización de la sociedad sobre base socialista, fué sin duda lo que incitó a dichos hombres a obrar de tal manera. Percibieron la ocasión de hacer valer sus ideas en las organizaciones económicas de lucha del proletariado y de señalar a las mismas su misión como órgano constructivo de una sociedad libre. Si este reconocimiento ha ido arraigando cada vez más profundamente en el movimiento sindicalista hasta convertirse en su principio básico, ello es de agradecer en gran parte a la mencionada incansable iniciativa y actividad de los anarquistas.

Pero con sólo tal reconocimiento no es apenas nada lo que se ha hecho; es necesario actuar de manera que éste sea fuente de acciones eficaces. No es suficiente declarar que las organizaciones obreras sindicales tienen la misión de tomar en sus propias manos la producción social y la distribución de los productos, es también necesaro aproximarles a esa gran misión.

Esta cuestión está íntimamente ligada con otra que, en mi entender, encierra la más grande significación para el porvenir del movimiento socialista. A consecuencia del monopolio actual de la enseñanza, y de la cada vez más creciente división entre el trabajo manual y el intelectual, los trabajadores se hallan de día en día menos capacitados para abarcar todo el dominio de la conexión técnica y organizadora en cualquier ramo de la producción. El maquinismo moderno y la gran industria en general, han planteado nuevos problemas y determinado, en la capacidad administrativa, exigencias mucho más grandes que el proceso de trabajo de los tiempos pasados. Por esta razón, los llamados trabajadores intelectuales, es decir, los técnicos, ingenieros, químicos y empleados científicamente formadas, etc., juegan un papel muy significativo que, bajo ningún concepto, debe ser ignorado o desestimado. No nos consolemos con el pensamiento de que esta cortante división entre trabajo manual e intelectual, con sus innumerables secciones y subsecciones, no subsistirá siempre y que, necesariamente, vendrá una situación como la prevista por Kropotkin en su luminosa obra *Campos, Fábricas y Talleres*. También nosotros estamos totalmente convencidos de un desarrollo semejante de las cosas; pero, por el momento, debemos tomar las cosas tal como son y no como noso-

tros nos las figuramos en el porvenir. Si esto es así, entonces debemos comprender que la reorganización de la vida social en sentido socialista, no depende sólo de los trabajadores, sino que también los intelectuales están llamados a desempeñar un necesario e importantísimo papel en ese proceso de renovación. Y si la premisa anterior es exacta, preciso es que nos esforcemos en atraer hacia nuestro lado a tantos hombres de aquel campo como sea posible, y nosotros creemos que precisamente los anarquistas son los más indicados para consagrarse con éxito a tan importante labor.

Indudablemente, la gran mayoría de los trabajadores intelectuales, se hallan todavía bajo el influjo absoluto de la representación capitalista. Dependencia económica, incertidumbre de clase, prejuicios sociales, etc., pesan aún mucho en sus filas.

No obstante, sería un error querer negarles aceleradamente, a consecuencia de su situación de clase, toda aptitud para una mejor comprensión de las cosas, o alentar una rencorosa desconfianza contra los llamados intelectuales, como frecuentemente ha sucedido, lo cual condujo, en la Rusia Sovietista, a una degradación de los mismos como ciudadanos de segunda clase. Y ya hemos visto con qué éxito.

Un hecho es que, en Alemania, por ejemplo, después de la revolución, una gran cantidad de obreros intelectuales en todos los dominios salieron de su reserva precedente, buscando contacto con los círculos revolucionarios y socialistas. Esto ocurrió particularmente entre los maestros. Desgraciadamente, el rencor fanático entre las diferentes tendencias del socialismo, que aun hoy podemos observar en general, no fué ciertamente el mejor factor para ganar dichos elementos al socialismo y, ante todo, poder hacer atractivo para ellos el movimiento socialista. Pero estamos completamente convencidos — y la experiencia personal lo ha confirmado siempre — de que un socialismo con orientaciones libertarias y cuya influencia moral se halle encarnada en toda la actitud espiritual de sus mantenedores, podría obtener éxitos brillantes.

En mis años de prisión durante la guerra, tuve ocasión de hallarme diariamente en contacto con técnicos, ingenieros, químicos, pedagogos y hombres del arte y la ciencia en todos los dominios, y entre ellos encontré siempre comprensión para nuestras ideas. Incluso hombres que antes tenían de nosotros la peor idea que imaginarse puede, perdieron poco a poco su actitud de categórica repulsa, mostrando finalmente gran interés por nuestras aspiraciones. Entre tales elementos me fué dable repartir una cantidad considerable de libros y folletos anarquistas, comprobando que, particularmente **El Apoyo Mutuo y Campos, Fábricas y Talleres**, de Kropotkin, **Dios y el Estado**, de Bakunin y **Aufruf zum Sozialismus**, de Gustav Landauer, encontraron un eco excelente.

Cuando, más tarde, no me fué posible procurarme suficiente literatura, porque los camaradas libres habían agotado todas sus existencias y era muy difícil durante la guerra poderlas reponer, fundamos una biblioteca que, en particular, se vió perseverantemente visitada por los intelectuales. Hasta algunos de ellos me rogaron les proporcionara una lista de buenas obras sobre nuestras ideas, a fin de poder utilizarla después de su liberación. Yo atendí el

ruego y tuve el placer de ver cómo, docenas de esos hombres, transcribieron dicha lista.

Recuerdo especialmente un caso, en el cual un alto ingeniero de minas, que antes de la guerra había desempeñado un cargo de gran responsabilidad en la cuenca del Ruhr, me declaró después de una exposición larga y detallada, que si algún día llegaba la hora en que él pudiese poner sus conocimientos al servicio de un ensayo semejante, estaría siempre dispuesto a hacerlo con alegría. El mismo hombre se dirigió más tarde a Rusia para colaborar en la reorganización, una prueba de que consideraba seriamente las ideas, a pesar de que antes de su prisión no se había ocupado nunca del socialismo. Cierto que poco tiempo después regresó desengañado a Alemania. Al hablar de nuevo con él me declaró que, después de todas las experiencias prácticas que había hecho, estaba convencido de las excelencias de la producción cooperativa, pero que ésta sólo puede desenvolverse en una sociedad en que la libertad y dignidad humana de cada uno sean respetadas.

En nuestro concepto, estos elementos son indispensables para la eficacia creadora y constructiva del socialismo, y cuanto más crecido sea el número de los que se hallen a nuestra disposición en el momento de una transformación social, tanto mayores serán las posibilidades de éxito.

La creencia de que la revolución traerá todo consigo misma, y que sólo se necesita abandonarse a la iniciativa y a la acción espontánea de las masas, no me sugestiona. Las amargas experiencias nos han enseñado que no se debe confiar demasiado en previsiones semejantes. Es preciso no olvidar que el poder creciente de la tutela estatal, la enseñanza unilateral, la disciplina de partido y cien otras cosas más, han hecho todo lo posible por ahogar la iniciativa de las masas y desenvolver una paralización conservadora del espíritu. Por esto sería muy útil para nosotros tratar las cosas con un poco más de orden y reflexión si queremos evitar, en lo posible, sorpresas desagradables y amargos desengaños. Necesitamos hoy ya, en el seno de la vieja sociedad, comenzar a desarrollar los elementos que han de servirnos para la construcción y renovación de la sociedad. Cuanto mejor preparados estemos, tanto más feliz podrá ser el deslumbramiento y tanto menores los obstáculos a vencer.

Es verdaderamente fatal imaginarse que la revolución lo realizará todo e implantará el paraíso sobre la tierra. Esta creencia milagrosa en la fuerza todopoderosa de la revolución no se diferencia en nada de otras creencias milagrosas. Como las demás, corresponde a una preocupación autoritaria y nunca de la propia fuerza.

La revolución es, por así decirlo, solamente el acto de un parto que da a las nuevas ideas, esperanzas y aspiraciones la posibilidad de sacudir la cáscara del viejo organismo y manifestarse en acciones propias. Pero el nuevo ser, que en los meses de gestación condujo en el viejo organismo su existencia escondida, no entra en la vida con todas las perfecciones, sino que debe caminar despacio y a tientas hacia las mismas. Cierto que la revolución le liberó de la vieja cáscara y le dió una existencia propia, pero ahora debe aprender a manejar el espíritu y los miembros, y a apercibirse de

las fuerzas que en él viven y actúan. Por esto no podemos esperar que la primera situación inmediatamente después de estallar la revolución, corresponda a los deseos que alimentamos en la calma, porque ésto, según el juicio humano, es imposible. Más bien debemos procurar con todas nuestras fuerzas que el recién nacido no se convierta en un engendro lamentable y que sus energías y aptitudes no sean tempranamente destruídas en el estrecho molde de conceptos y tradiciones autoritarios. Es preciso cuidar principalmente de que el desarrollo del nuevo estado de cosas se mueva en dirección hacia la libertad y la justicia sociales, por lo cual se creará, en este sentido, una nueva posición espiritual en los hombres, que contendrá una garantía más para el desenvolvimiento sin obstáculos del nuevo estado del desarrollo.

Si estamos convencidos de ésto, debemos ya hoy intentar entrar en estrecho contacto con todas las fuerzas sociales que actúan fuera de la esfera de influencia del Estado y que no aspiran a hacer pie en sus instituciones, sino que esperan de la propia iniciativa del hombre, todo progreso en el dominio de la vida social y privada. No es absolutamente necesario que todos esos movimientos y agrupaciones tengan un pronunciado carácter anarquista; basta con que se muevan en dirección a la libertad y representen etapas parciales en ese camino. A éstos pertenecen en primera línea movimientos como el sindicalismo, el cooperativismo, el movimiento "Tierra libre, dinero libre y economía libre", el socialismo gremial, las organizaciones antimilitaristas de las diferentes tendencias, corporaciones para atender a la enseñanza libre y otras muchas organizaciones qu. más o menos, se hallan cerca de nuestras ideas.

No es que yo opine que debemos disolver nuestras propias organizaciones para entrar en esas corporaciones. No, de igual modo que no esperamos tal cosa de los otros. Pero debiéramos procurar establecer con ellos amistosas relaciones, que en este o aquel terreno podrían conducir a acciones comunes y, por ellas, a crear una alianza más estrecha y despertar una comprensión recíproca mejor.

Con ésto, no sólo lograríamos ampliar significativamente el campo de nuestra actividad, sino que también el sentido de la fuerza se vería bastante acentuado en todas las corporaciones adheridas, y la sensación de aislamiento, que muy a menudo influye en nosotros paralizadoramente, sería desterrada.

Este aislamiento, en que cada vez más profundamente nos sumimos, no es de ningún modo la consecuencia de nuestras adelantadas ideas, sino, en la mayoría de los casos, el efecto de una actitud doctrinaria y un dogmatismo espiritual que nunca pueden conducir a resultados favorables.

Debemos reconocer, en definitiva, que hay una gran cantidad de hombres de progreso, los cuales, si bien no comparten nuestros principios en todos sus aspectos, se inclinan con especial predilección sobre ciertos puntos de nuestras ideas y constituyen organizaciones para la expansión o realización práctica de las mismas. En América, principalmente ha ocurrido esto de un modo frecuente. Recuérdese las ligas para la defensa de la libertad sexual, la

fundación de escuelas libres, etc. Sería una necedad querer ignorar o luchar contra tales hombres o movimientos, sencillamente porque no han llegado a incorporarse totalmente al anarquismo integral. Por el contrario, convendría, a este respecto, obrar con buenos ejemplos, mostrando la mayor tolerancia posible, único medio eficaz de captar prosélitos para nuestras ideas. Todo doctrinarismo seco y unilateral no puede más que ser objeto de repulsa y enturbiar la comprensión de nuestros principios.

Bastantes años antes de la guerra trató Kropotkin, de una manera bastante profunda, en **Freedom**, de Londres, los tres grandes movimientos del proletariado inglés: los sindicatos, las cooperativas y el llamado socialismo municipal, y llegó a la conclusión de que, si alguna vez se lograse sintetizar esos tres movimientos en un todo, quedaría creada con ello la base para una sociedad socialista. Y en otro escrito, compuesto en un período de crisis de trabajo general y titulado: **Why not a coperative city? (¿Por qué no una ciudad cooperativa?)**, planteó Kropotkin la cuestión de si, por una común actuación de los sindicatos y las organizaciones cooperativas, no podría intentarse la *fundación* de una ciudad cooperativa con todas las bases para su existencia futura.

Kropotkin reconoció ya entonces la necesidad de una labor constructiva y creadora dentro del movimiento obrero, afirmando que el trabajo por la realización del socialismo es algo más necesario que un simple movimiento de resistencia contra los ataques del capitalismo, o un puro movimiento de propaganda a fin de preparar a las masas para las ideas socialistas.

Hoy comprendemos aun más claramente la necesidad de ideas constructivas y de ensayarlas para el desarrollo progresivo del socialismo. La situación desconsoladora del movimiento socialista, su caída en la política del Estado burgués, de una parte y, de otra, su dogmática fosilización en las formas rígidas de conceptos muertos, que también se deja percibir con precisión en nuestro campo, debe ser, en gran parte, atribuída a una serie de ideas negativas y a la falta de una actividad creadora.

Por este motivo, es urgentemente necesario desplegar, por nuestra parte, una más intensa actividad en los diferentes dominios ya mencionados y, sobre todo, establecer un contacto estrecho con las varias tendencias que, en la iniciativa propia y en la actuación constructiva, ven la salud del movimiento humano.

No obstante todos los fracasos del viejo socialismo experimental, creo con certeza que nos dirigimos hacia una nueva fase de ensayos constructivos dentro del movimiento socialista. Los fracasos del llamado socialismo experimental deben ser atribuídos, en una buena parte, a la estructura autoritaria de su sistema y, principalmente, a que sus experimentos nunca estuvieron en relación con un gran movimiento de masas. Por tal razón, se hallaron limitados a sí mismos y carecieron de las adecuadas proporciones.

Los ensayos de las denominadas "guildas socialistas", que encarnaron propiamente la idea del sindicato productor, y otras muchas manifestaciones en los diferentes países son, en nuestra opinión, los primeros síntomas de una nueva fase de desarrollo que, desgraciadamente, la guerra y sus terribles consecuencias estorbaron

temprano, pero de ninguna manera aniquilaron. El fracaso completo del socialismo de Estado en Rusia y Europa Central, la indigna lucha entre el marxismo radical y moderado en todos los países, disputa que ha tomado ya un carácter patológico, y muchas otras experiencias contribuirán en adelante a que muchos elementos sinceros, para los cuales el socialismo es algo más que un tópico verbal, se convenzan cada vez más de que el socialismo no puede prosperar en el estrecho marco de un partido, ni en la camisa de fuerza de una dictadura y menos aun bajo la impotencia espiritual de una democracia degenerada. Todas esas fuerzas buscarán más pronto o más tarde nuevas perspectivas y nueva actividad, y bueno sería que entonces pudiéramos nosotros ofrecer indicaciones prácticas y presentar formas nuevas, lo bastante vivientes y atractivas para poder captar nuevos y laboriosos elementos y permitirles una actuación correspondiente.

El fárrago de fórmulas doctrinarias ya no seduce a nadie y se halla en la imposibilidad de crear esa atmósfera que, para hombres con un sentido de libertad y de justicia, es tan necesaria como para el pájaro el aire.

Si nuestros camaradas intentaran en todas partes desterrar el doctrinarismo estéril, que ejerce sobre el movimiento entero sólo una influencia estática y paralizante, como puede comprobarse en todo momento, si éstos intentaran establecer relaciones solidarias y amigables con todas las tendencias más o menos emparentadas con nosotros, ello sería de excelente significación para la nueva fase del socialismo hacia la cual nos dirigimos y que, sin duda alguna, revestirá un carácter más fructífero y constructivo. Cuanto más profundamente se hallen todas esas tendencias penetradas por las ideas de libertad y solidaridad, tanto mayor será la victoria que obtengan y tanto más contribuirán a fertilizar y preparar espiritualmente el terreno para la próxima revolución social.

Sin embargo, no se trata solamente de los preparativos para el porvenir, sino también al mismo tiempo de la lucha del presente por la defensa de las viejas conquistas, amenazadas hoy en general por la reacción internacional y aniquiladas ya en cierto número de países. La reacción nacionalista en la figura del moderno fascismo se desarrolla en todas partes en forma inquietante, y amenaza exterminar los últimos restos de independencia espiritual, de libertad, de organización. También aquí sería de la mayor importancia una actuación común de todas las tendencias que han reconocido ese peligro social y cultural, persigan las finalidades que quieran. Es preciso, ante todo, disputar a la reacción nacionalista, la más brutal y despreciable forma de la ideología autoritaria, cada palmo de terreno y mantener en alto el sentido más elemental de dignidad humana.

Desgraciadamente, nos vemos obligados a contemplar cómo muchos camaradas de nuestras propias filas han olvidado casi el modo de tomar posición ante los problemas más perentorios de la vida diaria. Se conforman con ver en todas las cosas, resultados naturales del sistema económico capitalista y de la tiranía estatal, se afirma rápidamente que todas esas manifestaciones desaparecerán con el sistema que las representa y, por añadidura, se cree haber cum-

plido con su deber, expresando en algunas frases platónicas, el odio contra el Estado y el capitalismo.

Sé muy bien que, afortunadamente, no ocurre lo mismo en todos los países y que, incluso en alguno de ellos, nuestros camaradas se hallan siempre dispuestos, en los momentos críticos, a actuar conjuntamente con otros elementos. Pero hay otros países, en que casi todo el movimiento se ha dejado arrastrar a tan fatal doctrinarismo.

En su lucha contra el reformismo, muchos de los nuestros se han acostumbrado a ver en toda reforma social, política o económica, un peligro para el objetivo final del movimiento. Esta opinión, tan peligrosa para la lucha revolucionaria, corresponde, sin embargo, a un punto de vista completamente falso, que no tiene en absoluto nada que ver con el anarquismo.

Cierto que somos decididos adversarios de aquellas tendencias del movimiento obrero, que creen que una serie continuada de reformas en todos los dominios podría llevarnos poco a poco a la sociedad del porvenir. A este punto de vista, convertido en sistema, lo llamamos nosotros reformismo. Cuanto más profundas sean en el proletariado las raíces de esta creencia ingenua, tanto más repetidamente crecerá el movimiento obrero bajo la tutela del Estado actual, convirtiéndose en un accesorio necesario del mismo.

Combatir esas creencias tan peligrosas como funestas, no supone en manera alguna ser por principio enemigo de toda mejora en el seno de la sociedad presente. Toda reforma que hace más hondo el sentido de la dignidad humana, refuerza el espíritu de solidaridad y mejora, aun cuando sólo sea pasajeramente, las condiciones materiales, es también para nosotros, los anarquistas, una consecución no desdeñable. En fin de cuentas, vivimos en la sociedad actual y no en las nubes, y no podemos permitirnos el lujo de pasar con indiferencia ante las manifestaciones prácticas de la vida. También para nosotros hay una diferencia entre la violencia brutal de una dictadura fascista o bolchevista, que a cada paso nos atropella, ahogando implacablemente hasta el último resto de libertad y pisoteando todo sentido humano, y la posibilidad de disfrutar de cierta libertad de espíritu y organización que nos permita actuar públicamente y realizar propaganda para nuestras ideas.

También para nosotros es deseable limitar nuestra jornada de trabajo, ver respetada nuestra dignidad en el campo, la fábrica, el taller o la oficina, en vez de ser constantemente tratados como ilotas a quien se niega en absoluto toda humana sensibilidad.

Bien sabemos que el Estado en sus diferentes formas es un defensor permanente del privilegio y la injusticia social, y que lo es en razón de su propia esencia. Pero también sabemos que un Estado no concedió nunca voluntariamente derechos y libertades a un pueblo, sino que lo hizo siempre bajo la presión de las masas organizadas y, a menudo, forzado por una serie de revoluciones. No porque los gobiernos vieran con agrado esos derechos, sino por que el empuje exterior los obligó a ello, porque los pueblos rebelados los pusieron ante hechos consumados, a consecuencia de

los cuales debieron, de grado o por fuerza, otorgar esas libertades.

Pero aun cuando esas libertades se hallen ya consagradas en la llamada Constitución y aparentemente aseguradas por las leyes del Estado, ello no significa en modo alguno la garantía de su existencia, como el presente de Europa nos está mostrando de nuevo. Incluso en un país como Inglaterra vénse hoy los trabajadores obligados a ponerse a la defensiva contra la amenaza legal del derecho de organización, y en otros países es aún peor la situación.

Permitir sin resistencia a los gobiernos anular de un simple plumazo todas las libertades y derechos penosamente conquistados equivaldría a abandonar sin lucha las adquisiciones de todas las pasadas revoluciones y sería contrario a todo principio revolucionario. Precisamente porque ahora comprendemos que la humanidad no puede, de hoy a mañana, llegar a una situación de completa libertad y justicia social, es doblemente necesario defender con tenacidad toda posición arrancada en alta lucha a las potencias autoritarias en el pasado, y no cederla con indiferencia porque nos parezca carente de importancia con respecto al objetivo final. Hasta el más pequeño progreso en el espinoso camino hacia una humanidad libre tiene una significación no desdeñable, por lo que no debe ser sacrificado a ningún engolado doctrinarismo.

Otro tanto puede decirse sobre las reivindicaciones económicas o sociales conseguidas en dura lucha por los trabajadores, las cuales no han contribuido poco a desarrollar su sentido de la justicia y a profundizar su sentimiento de solidaridad. Querer abolir sus luchas cotidianas, invocando que con ellas no cambiaría en nada la esencia del salariado, es una flagrante incomprensión de la esencia del movimiento social, y no debemos extrañarnos de que tales opiniones sean rechazadas de plano por las víctimas del actual sistema y de que no podamos conquistar ninguna simpatía.

No, tampoco nosotros, anarquistas, somos enemigos de las mejoras dentro de la actual sociedad, solamente nos distinguimos en la forma y método de llevar a cabo las reformas necesarias. No creemos que éstas pueden ser obtenidas por el camino de la legislación, sino solamente por medio de la acción directa y los movimientos de masas correspondientes.

Precisamente en ese terreno, en que se trata de proteger viejas conquistas amenazada por la reacción, sería de eminente significación una alianza ofensiva y defensiva con otras tendencias, aunque las mismas no compartieran más que parcialmente nuestras ideas.

No olvidemos nunca que ningún sistema dominante se apoya sólo en la violencia brutal, como ligeramente se afirma y repite. Toda autoridad se apoya, en primera línea, en la creencia de las grandes masas en su necesidad e inevitabilidad. Cuando esa creencia se halla socavada, comienza una época de acontecimientos revolucionarios. Al morir Luis XIV, lloraron su muerte hasta los siervos; pero cuando la muerte terminó con Luis XV, fué preciso llevarle a galope tendido a la sepultura, y los campesinos apedrearon su ataud. La fe del pueblo había desaparecido; y entonces dominó simplemente la violencia desnuda. Pero este estado de cosas

introdujo el período de la revolución. Precisamente esas experiencias de la historia debieran inducirnos a estar presentes allí donde la autoridad es desarraigada. Si el hombre llega a comprender la completa inutilidad y el peligro de la autoridad en cierto terreno, entonces es ya más fácil convencerle del perjuicio del pensamiento autoritario en todos los demás terrenos. Esto debiéramos repetírnoslo siempre y no perderlo nunca de vista.

Pero hay todavía un gran número de anarquistas contrarios a toda actividad sobre una amplia base, porque con ella se verían obligados a abandonar el estrecho marco de pequeños grupos y a actuar de una manera pública y abierta. Esto les parece algo así como un insulto a los principios, ya que representan el criterio de que la pureza de las ideas sólo puede ser conservada en los pequeños grupos. Semejante afirmación es en sí y por sí un anacronismo, y si fuera exacta, nunca deberían soñar con una sociedad anarquista. Por esta razón, sería mejor conformarse con actuar en los más reducidos círculos y no salir nunca de nuestro propio pellejo. Son los mismos pensamientos que han hecho a muchos anarquistas adversarios tan decididos del principio de organización, contribuyendo a impedir una conjunción natural de nuestras fuerzas, de tal modo que en cada congreso debemos plantear la cuestión: "¿Deben organizarse los anarquistas?", a pesar de que las necesidades de la vida cotidiana nos impulsan sin cesar a hacerlo.

En realidad toda la afirmación no pasa de ser una afirmación carente del menor asomo de prueba. Verdad es que en el crecimiento intenso de una organización existe, en cierto modo, un peligro de achatamiento de las ideas, pero es igualmente exacto que el cultivo de las ideas en pequeños grupos ofrece el no menor peligro del doctrinarismo, que poco a poco conduce a una paralización total de la vida espiritual y, por su actitud unilateral y extraña, constituye el peor obstáculo de un movimiento. También es una suposición completamente falsa la de que la libertad personal es sólo salvaguardada en los pequeños grupos, mientras que toda gran organización debe llevar a una inevitable limitación de la misma. Las experiencias prácticas de muchos años nos han demostrado que, en muchos de esos grupos, con frecuencia decide solamente la voluntad de algunos camaradas que, por su superioridad intelectual u otras cualidades, no permiten la manifestación o adopción de otros puntos de vista que los suyos. E incluso la más bella etiqueta anarquista no puede cambiar nada en este hecho. Además, cuando el doctrinarismo se ha desarrollado fuertemente en tales grupos, éste conduce la mayoría de las veces a la peor intolerancia para con los demás y a la práctica negación de los más elementales principios del anarquismo.

Por el contrario, una organización más numerosa, asegura generalmente a cada uno mayor libertad de movimiento bien entendido, con la condición de que no esté basada sobre principios centralistas. También el individuo encuentra más fácilmente en ella una actividad que corresponda mejor a sus aptitudes e inclinaciones. Con ello son evitadas mucha asperezas y disputas inútiles, que tan frecuentemente suelen surgir en las pequeñas agrupaciones.

De esto no debe deducirse un juicio errado sobre la forma de organización; para nootros se trata solamente de refutar afirmaciones infundadas y dar a los camaradas ocasión de considerar algunas cosas desde otro marco. En general debiéramos acostumbrarnos a juzgar tales cosas de una manera más amplia. Cierto que la organización nos parece una necesidad indispensable, pero, según nuestra opinión, nuetro movimiento ha sufrido grandemente por falta de una actuación organizada. Sin embargo, esto no quiere decir que aquí debe ser buscada la causa de todos los males. Organización es siempre una cuestión de importancia secundaria que las exigencias de la vida cotidiana vienen a resolver. La cuestión primordial es el espíritu que en los miembros de la organización se manifiesta. Este espíritu no puede ser artificialmente creado por la mejor organización, pero encuentra en ella, sin duda alguna, un vasto campo para su labor. Si tal espíritu falta, la más excelente organización es únicamente un aparato técnico inerte e incapaz de galvanizar para una nueva vida, fuerzas nuevas.

También es fundamentalmente falso querer ver en toda actuación organizadora la raíz de ideas autoritarias. Rara vez he acertado a conocer a un hombre que, frente a otros principios, haya dado prueba de tanta tolerancia como nuestro viejo amigo Malatesta, el cual ha sido durante toda su vida un defensor incansable de la organización. Y he conocido a los más implacables adversarios de toda organización que, a pesar de todo, daban muestras de un espíritu en extremo dictatorial, y debieran haberse llamado bolchevistas mejor que anarquistas. En todas estas cosas lo puramente humano desempeña, en definitiva, el papel decisivo.

Al plantear la cuestión relativa a los medios a emplear para luchar internacionalmente contra la reacción del pensamiento autoritario, no debemos nunca olvidar que, a este respecto, no existen procedimientos mágicos; pero, no obstante, mediante un nuevo espíritu en nuestras filas y sus efectos en la vida práctica, puede hacerse mucho para dar mayor valor a nuestras ideas, lo que, en último término es la mejor garantía contra la expansión del pensamiento autoritario.

Ante todo, debemos procurar ahondar en nuestro campo el lado ético de nuetras ideas, aplicándolas prácticamente. Si predicamos tolerancia a los demás y afirmamos a cada paso que la formación de una sociedad socialista verdaderamente libre, sólo puede ser resuelta por el camino del libre experimento, preciso es que nosotros practiquemos la tolerancia en nuestras propias filas, con espíritu de libertad y solidaridad. La frase de Bakunin: "La libertad personal halla su confirmación en la libertad de los demás", conserva todo su valor, y no podemos esperar respeto para nuestra dignidad si nos complacemos en atropellar la dignidad humana de los otros.

Debemos, pues, guardarnos muy bien de ver en el anarquismo, un sistema cerrado, para el cual todos los problemas están ya solucionados. Semejante opinión conduce siempre a una estéril doctrinarismo, exento de toda fuerza creadora. Precisamente en la continua capacidad de desarrollo, en su indeterminada forma reside la propia significación del pensamiento anarquista. Para este es con-

tinuamente necesaria una acción recíproca entre nuestras ideas y las innumerables manifestaciones de la vida real, pues solamente así es posible ahondar en el pueblo el pensamiento de libertad y justicia social, preparándole allí un excelente asilo. La maravillosa expresión de Ibsen puede ser también aplicable a nosotros:

"Quien posee la libertad en forma distinta a la de una aspiración continua a su desarrollo, la posee muerta y sin espíritu, pues el concepto de libertad tiene la propiedad de ampliarse constantemente durante la aprobación, y por esto aquel que durante la lucha se detiene y dice: ¡ahora ya la tengo!, no prueba sino que entonces la ha perdido. Pero, precisamente, esa manera muerta de tener un cierto punto de vista hijo de la libertad, es algo característico de la organización del Estado".

No solamente de las organizaciones del Estado. Tampoco grupos anarquistas constituyen una excepción de esa regla, porque se trata de una manifestación característica del pensamiento autoritario.

Es preciso que saquemos las enseñanzas de las experiencias prácticas de los grandes acontecimientos acaecidos en los últimos diez años, aunque las mismas no concuerden con viejas previsiones. Particularmente no debemos esperar de la revolución más de lo que buenamente puede dar. Es irrazonable pensar que hombres que se acuestan hoy como esclavos, se levantarán mañana como hombres libres. Tampoco la revolución puede operar un milagro semejante. Debemos más bien acostumbrarnos a comprender que el anarquismo no se realizará de repente y con toda perfección, sino que sólo a través de ensayos de la más diferente naturaleza y de un desarrollo escalonado podrá alcanzar una relativa perfección. Por este motivo es necesario celebrar todo paso en el camino de la libertad y no rebajar, por ningún concepto, su significación. Sólo la más intensa labor de aclaración en el sentido de la libertad y la solidaridad, determinará el carácter de la próxima revolución.

Partiendo de este conocimiento, no debiéramos embotarnos en nuestro reducido círculo, sino buscar el más estrecho contacto con todas las tendencias afines que actúan y trabajan con espíritu libertario. Al lado de la creciente reacción, se observan hoy en todos los países, innumerables tanteos y ensayos para salir del estado existente, y allanar el camino a un nuevo desenvolvimiento. Tales intentos debieran ser apoyados y apreciados por nosotros, aunque sólo estemos conformes con ciertos puntos de los mismos. Especialmente no debiéramos dejar de trabar con sus representantes, relaciones amigables y solidarias, y proceder siempre en primer lugar con buen ejemplo.

Semejante alianza entre tendencias afines, con la salvaguardia de la independencia de cada organización, no crea solamente una posición reforzada en la lucha contra la reacción, sino que también ofrece al mismo tiempo la posibilidad de fortificación y aclaración recíprocas de las ideas.

Igualmente importante es buscar relación con el círculo de los trabajadores intelectuales, que para la transformación venidera son de gran significación y que, incluso hoy, se hallan en situación de

aportar a nuestro campo, visiones antiautoritarias inaccesibles para muchos de nosotros.

También debemos estar constantemente dispuestos a defender con otros, conquistas políticas, económicas o sociales y no, por seguera doctrinaria, ignorar la significación de esas cosas. Tal actitud refuerza sólo a la reacción y nos malquista todos los elementos pensantes y activos que laboran en el pueblo.

De gran significación es una estrecha y ordenada colaboración de los anarquistas de todos los países. Particularmente importante es una información recíproca sobre la actividad propagandística, el desarrollo de nuevas ideas y proposiciones y ensayos en cualquier tendencia. Cierto que esto no debería realizarse en la forma de los acostumbrados informes de hoy en la prensa anarquista, sino mediante un estudio más profundo de las circunstancias en cada país, con lo cual nos sería fácil poder apreciar exactamente la significación de la actividad anarquista. Como órgano intermediario de esa labor podría servir, ante todo, nuestra prensa; pues traer siempre algo nuevo en ese terreno, tendría sin duda más valor que con la impresión y reimpresión de viejos y en parte sobrevivientes productos literarios, cultivar un doctrinarismo desconsolador que obstaculiza todo amplio desarrollo.

Quizá saldría pronto alguien con la proposición de un nuevo congreso anarquista internacional en la mano; sin embargo, nosotros opinamos que el estímulo interior debe salir de nosotros mismos y no ser producido con medios artificiales. Mientras los camaradas de cada país no intenten liberarse del estrecho círculo de consunción espiritual y busquen un campo más amplio para su actividad, el resultado de tal congreso sería siempre el mismo: Se rematarían constantemente las mismas cosas que todos han oído ya cien veces, y después, todo quedaría como antes.

Cuando en cada país hayan sido creadas nuevas condiciones para la eficacia de nuestra acción, y con ello, hayamos podido recoger ricas experiencias, estará un congreso en situación de poder llenar la misión deseada.

Frente al poder cada vez más creciente de las manifestaciones y conceptos autoritarios y frente al fracaso completo del socialismo de Estado en Rusia y Europa Central, se ofrece un amplio campo a la propaganda anarquista, siempre que nuestros camaradas perciban la ocasión y no omitan ningún medio para luchar contra el espíritu y la acción autoritarios y abrir nueva vía a una renovación de la vida sobre la base de la libertad y la solidaridad.

BIBLIOTECA [illegible]
SECCION CONTROL

Imp. "CARNET SOCIAL", Morandé 636, Stgo.

Los Cuadernos Internacionales

Desde el próximo número, que
aparecerá el 31 de Diciembre,
los CUADERNOS INTERNACIONALES
saldrán cada quince días, los Viernes

Durante los meses de Verano,
la dirección estará a cargo de

Don JORGE CRISTI R.

Huérfanos 1059, Of. 14, 2.o piso

El Sr. Gregorio Guerra continuará en su cargo de Administrador con las cobranzas y colocación de los Cuadernos.

LA DIRECCION

618038

"Editorial Problemas"

Los "CUADERNOS INTERNACIONALES" se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Sindicatos, y en diversos puestos de diarios. Aparecen los VIERNES

Precio único: 60 centavos cada ejemplar.

Para referencias y suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2469, Santiago

En circulación:

N.o 1 "*Stalin y el Régimen Capitalista*", por Georges Valois. 2.a edic.

N.o 2 "*La Querella de las Generaciones*", por Pierre Dominique

N.o 3 "*La Racionalización Marxista*", por Sammy Beracha.

N.o 4 "*El Sindicalismo de los Técnicos*", por Gastón Sauvebois.

N.o 5 "*El Plan Quinquenal y la Crisis Mundial*", por Roger Francq
2.a edición.

N.o 6 "*La Quiebra del Fascismo*", por Pietro Nenni
2.a edición.

N.o 7 "*El Plan Hoover y la Crisis Alemana*", por John Barbull

N.o 8 "*El Oro y la Crisis Mundial*", por Jorge Boris

N.o 9 "*Las Masas y la Política*", por Lucien Romier

N.o 10 "*El Nuevo Estado y la Edificación Económica Rusa*" por J. Stalin"

N.o 11 "*El Destrozo de la India*" por Kshama Row.

N.o 12 "*Organización y Constructores de Rusia*", por Pierre Dominique

N.o 13 "*La Revolución China*", por Chen Fou - choen.

N.o 14 "*El Nacionalismo*", por Rudolf Rocker.

N.o 15 "*El Anti-Imperialismo Chino y el Comunismo*" por Chen Fou - choen.

N.o 16 "*La inflación y sus graves efectos económicos*" por Elemer Hantos.

N.o 17 "*Los Bancos y su nuevo papel*" por Lenin

Los Cuadernos N.os 2, 3, 4, 7, 8 y 9 agotados.

Los Cuadernos agotados, más los que estén por agotarse, serán reimpresos.